ANTROPOGEOGRAFIA PREHISTORICA DEL NORTE DE CHILE

Por RICARDO E. LATCHAM

Fuera del reducido círculo de los que se han preocupado de la arqueología del país, el tema que presentamos es prácticamente desconocido. La prehistoria chilena, hasta ahora, ha sido muy poco estudiada y, en general, ha despertado escaso interés. Nuestros historiadores del siglo pasado, propagaron una serie de errores respecto de los indios del país, los que quedaron arraigados de tal manera en la enseñanza que se creyó inútil hacer mayores investigaciones. Se suponía que desde Coquimbo al sur, la raza indígena había sido homogénea y de estirpe araucana. Se imaginaba que dicho pueblo vivía en estado de salvajismo y que sólo con la llegada de los incas se introdujo entre ellos los vestigios de cultura más adelantada que encontraron los españoles a su arribo. El territorio, que hoy forman las provincias septentrionales de Chile, era muy poco conocido durante los primeros tiempos de la colonia y en todo caso formaba parte del virreinato del Perú. Se formó la idea de que esa región era poblada sólo en la costa por reducidas tribus de pescadores y que el interior era desierto y deshabitado.

Todos estos conceptos son erróneos, como hemos demostrado en numerosas publicaciones y conferencias, durante los últimos treinta años, aun cuando todavía se repiten en los textos de historia.

En el presente artículo no pensamos repetir los argumentos que nos asisten para hacer semejantes declaraciones respecto del centro y sur del país, concretándonos a exponer algunos datos referentes a la distribución geográfica de los antiguos pobladores de las provincias del norte, en las diferentes épocas de su existencia.

Antes de todo debemos advertir que la prehistoria se desentiende de las fronteras políticas o nacionales de los países históricos. Los flujos y reflujos de las migraciones de los pueblos que tendremos ocasión de mencionar hacen variar, de tiempo en tiempo, los límites territoriales de dichas entidades. Por otra parte, precisa tomar en cuenta que no existían naciones en el sentido moderno de la palabra. Cada tribu y cada agrupación se mantenía independiente de las demás, confederándose solamente en ocasión de un peligro común. Por pueblos, entendemos el conjunto de aquellos grupos que hablaban una misma lengua y practicaban una misma cultura. Los nombres que empleamos para denominar tales pueblos son los consagrados por la costumbre, pero en ningún caso corresponden a los empleados por los indígenas mismos para nombrarse.

De los más antiguos pobladores del norte de Chile sabemos muy poco o nada. De vez en cuando se han encontrado, generalmente cerca de la costa, cráneos humanos o fragmentos de ellos, de un tipo distinto de los pertenecientes a épocas posteriores. Son ellos de paredes muy gruesas (un centímetro o más), pesados, angulosos, con los huesos de la cara macizos, frente estrecha y pómulos bastante salientes. El mismo tipo se ha encontrado en otras partes del continente, casi siempre en la región costina. Algunos antropólogos han dado el nombre de "raza paleo-americana" al pueblo a que pertenecían estos restos y suponen que puede haber formado la primera ola de los primitivos pobladores de América. Creen que sus posibles sobrevivientes, ya bastante mezclados, serían los yahganes del extremo sur de Tierra del Fuego. Todo esto es, sin embargo, problemático.

En diferentes partes de la costa se han encontrado otros vestigios humanos de gran antigüedad, sin que tampoco se pueda señalar para ellos una época aproximadamente segura. Dichos vestigios consisten en instrumentos de piedra, de tipo paleolítico, que sin duda datan de unos tres o cuatro mil años y quizá mucho más. Semejantes instrumentos se habían hallado esporádicamente en diversas localidades, pero en condiciones que hacían dudar de su antigüedad. El descubrimiento hecho en Taltal por el señor Augusto Capdeville, de grandes depósitos de tales instrumentos, que ocupaban las capas inferiores de enormes conchales, dejó sin lugar a duda, la existencia de un período en que la única cultura era paleolítica, aun cuando, probablemente, no era contemporánea con el paleolítico de Europa.

Muchos siglos después, nuevas migraciones, avanzando por la costa, trajeron consigo una cultura más adelantada, aunque también pertenecía a la edad de piedra. Esta cultura, llamada "neolítica", bastante primitiva en sus principios, siguió evolucionando paulatinamente durante largo tiempo, ocupando muchas veces las mismas localidades y aun los mismos conchales que los anteriores pobladores, ya desaparecidos por motivos desconocidos.

Estudiando los tipos antropológicos de los restos humanos prehistóricos diseminados por el largo de la costa chilena, se llega a la conclusión de que fué poblada por una serie de olas sucesivas, pero discontinuas, de norte a sur. Cada migración empujaba más y más al sur a los pobladores llegados anteriormente, hasta que poco a poco quedó habitado todo el litoral, radicándose pequeños grupos en cada caleta abrigada donde había abundancia de mariscos y facilidades de pesca.

Cuando llegaron los europeos, las tribus que ocupaban las costas del norte del país, pertenecían a dos tipos étnicos distintos, cuyos caracteres físicos y cuyas lenguas se diferenciaban esencialmente unos de otros. Los que moraban en el litoral desde Arica hasta Cobija, eran de extracción uro y hablaban la lengua puquina. Más al sur, hasta los confines meridionales de la provincia de Coquimbo, habitaban los changos, pueblo que tenía lengua propia que no se ha conservado.

Llegó a poblarse el interior del país sólo cuando, desde el norte, comenzaron a infiltrarse los conocimientos de la agricultura, del riego y de la vida sedentaria, al parecer muy pocos siglos antes de los comienzos de la era cristiana.

En el tiempo de la Conquista Española, las provincias septentrionales del país, al norte del Desierto de Atacama, eran escasamente pobladas por un pueblo de agricultores que se ha llamado atacameño, pero cuyo nombre indígena era "Likanantai". La lengua hablada por esta gente se denominaba "cunza". Era distinta de la quechua, de la aymará, de la puquina y de la diaguita o "kakan" usada por los pueblos de más al sur. Este hecho nos ayuda a establecer en parte la extensión geográfica del territorio, en otros tiempos ocupado por dicho pueblo.

Nada se puede asegurar respecto del origen de los atacameños. Sin embargo, hay indicios que hacen creer que antes que llegaran a las provincias septentrionales de Chile, ocuparon toda la parte sur del Perú; como igualmente los contornos del Lago Titicaca, desde el Cuzco hasta la actual ciudad de La Paz. Se llega a esta conclusión por encontrarse en diferentes

sitios de la zona referida, un sinnúmero de denominaciones geográficas derivadas de la lengua cunza, en medio de otras de origen quechua y aymará. La ocupación del mencionado territorio por los atacameños sería en todo caso antes de la llegada a la región de las grandes civilizaciones, cuyos restos, hoy exhibidos en diferentes museos del mundo, asombran por su desarrollo técnico y artístico. De éstas, las que nos interesan por el momento, son las de Proto-Nazca en los valles costinos de Ica y Nazca y de Tiahuanaco en el altiplano boliviano, al extremo sur del lago Titicaca.

Según la cronología establecida por el Prof. Max Uhle, para las antiguas civilizaciones peruanas, la cultura de Proto-Nazca apareció en la costa a comienzos de la era cristiana y la de Tiahuanaco, algo más tarde, llegando a su apogeo entre los años 600 y 900.

La arqueología de las dos zonas ha sido bien estudiada y se ha podido reconocer las diferentes etapas de su desarrollo desde las fechas indicadas hasta la conquista española.

Debido a estos conocimientos, se puede asegurar que después de la radicación de las civilizaciones mencionadas, en sus respectivas zonas, los atacameños no las han ocupado. No obstante, se hallaron en las regiones donde se establecieron aquellas dos culturas, numerosos nombres geográficos derivados de la lengua cunza o atacameña, lo que hace suponer que los atacameños habitaban estos lugares antes que llegaron a ellos los pueblos más cultos.

Uhle opina que el territorio original de los atacameños fuera la provincia de Antofagasta y que sus antiguas migraciones o conquistas se dirigían de sur a norte. Al respecto, escribe: "Como su territorio original por el lado de Chile, se puede considerar los alrededores del salar de Atacama, comprendida, además, la región del salar de Arizaro, y porque continuamente traficaban en dirección al mar, para ganar su subsistencia, también toda la zona hasta el río Loa inferior cerca de Tocopilla. Representaban por su cría de animales, con los que traficaban a largas distancias, como también por su fomento agrícola, un elemento importante en la civilización de aquellas regiones, y con tales cualidades habrán estado predestinados a llevar su tipo de cultura hasta otras regiones, que en un cierto período no habían progresado todavía en la misma medida.

"Parece que se explican así sus migraciones a regiones lejanas del norte. Llenaron todas las provincias de los Chichas y de Lipez, la región entre los grandes salares del oeste de Bolivia y la cordillera del oeste, extendiéndose por toda la

provincia de Carangas y los distritos al oeste del río Desaguadero. Se posesionaron evidentemente de una gran parte del lago Titicaca y las llanuras del norte. Denominaron todos los picos más altos del sur de Bolivia y de la Cordillera del Oeste, como el Chorolque, Tuluma, Asanaque, Tapaquilcha, Oyagüe, Isluga, Tarapacá, Arintica, Puquintica, Sajama, Tomerape, Capurata, Chuquiananta, Toapacá, Tacora, Tutupacá, y el cerro Capira quedando en duda si los nombres de Illampu e Illimani muestran igualmente las influencias de esta lengua. Extendiéronse por toda la región de la costa, sin parar en Tacna o en Arica. Sus migraciones los llevaron por Moquegua y la región de Arequipa, por el norte hasta Ica; de la misma manera se aglomeraron en los valles del curso superior del río Apurimac y sus afluentes en los departamentos de Apurimac y Ayacucho, incluyendo algunas partes del valle de Vilcanota y la cabecera del río Paucartambo.

"Encontramos sus nombres geográficos en toda la costa del sur del Perú, en los valles adyacentes y aun en las cabeceras de sus ríos. Pocos valles del distrito de la sierra de éste quedaron al parecer libres de nombres impuestos por ellos a sus localidades, mientras en varias otras formaron grupos extensos, con cierta condensación de sus nombres geográficos en distritos pequeños. Los nombres de los nevados orientales: Ausangate y Sargantay marcan el fin de su extensión al Este" (1)

Da una lista de nombres geográficos derivados del idioma cunza, que se hallan en estas localidades, lista que podría aumentarse considerablemente, pero que sirve para confirmar su tesis. Más adelante agrega: "La denominación atacameña de muchos lugares de la hoya del lago Titicaca es, pues, anterior a la civilización de Tiahuanaco".

Un punto que no está claramente comprobado es aquel de la dirección que llevaron las antiguas migraciones de los atacameños. No se ha podido constatar si este pueblo se estableciera primero en la actual provincia de Antofagasta y después se extendiera hasta el norte, como supone Uhle, o bien, si el lugar de su origen se hallase en el norte y emigraron hacia el sur ante el avance de los pueblos más cultos que a comienzos de la era cristiana llegaron a la costa y la sierra del Perú, como nosotros creemos más probable.

Sea como fuere, durante la época de Tiahuanaco, habían abandonado el litoral de Ica, el departamento de Arequipa y

(1) Uhle, Max., Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna, PP. 16-7. Quito 1922.

los contornos del lago Titicaca, extendiéndose por las provincias de Moquegua, Tacna, Tarapacá y Antofagasta, ocupando asimismo las punas de Atacama y Jujuy. Sabemos que la cultura atacameña en todas estas provincias era contemporánea con la civilización de Tiahuanaco, porque en numerosos cementerios antiguos de la zona se han encontrado en las mismas sepulturas artefactos de tipos tiahuanaqueños revueltos con otros característicamente atacameños.

La población de toda esta extensa región era poco densa. Las localidades habitables eran poco numerosos y muy separadas unas de otras. La mayor parte del territorio consistía de enormes y áridos desiertos, llamados pampas, sin agua y sin vegetación o de montañas igualmente estériles. Muy pocos de los escasos ríos llevaban sus aguas hasta el mar. En la mayoría de los casos se resumían en las arenas a pocos kilómetros de su nacimiento, como el Sama, el Chero, el Caplina, el Azapa, el Vitor, el Camerones, todos en la antigua provincia de Tacna. Estos ríos nacen en la cordillera occidental de los Andes y sus valles llegan hasta el mar, pero no así su caudal, que se utiliza totalmente en el riego de los terrenos cultivados hasta donde alcanzan las aguas. Igual cosa pasaba en los tiempos prehistóricos y la extensión de las siembras en aquellos lejanos tiempos debiera haber sido más o menos igual que hoy, pues los centros poblados señalados por los descubrimientos arqueológicos ocupan las mismas localidades que se habitan actualmente. Cada valle en las partes susceptibles al riego fué asiento de un aillo o pequeña comunidad de consanguíneos y éstos, muchas veces han conservado sus antiguas denominaciones, como Tomasire, Sama, Yaraguay, Yarastay, Sambalay, Pojsana, Conire, Socoroma, Putre, Humagata, Livilcar, Tampacá, Pumire, Aiatama, Anocarire, Tumaruguire, Humirpa, Cunanocsa, para nombrar algunos de ellos. Estos aillos son generalmente agrupados, uno tras otro, en las partes altas de los ríos, aprovechándose para su ubicación cualquier trecho en que se ensanchan algo las quebradas, dejando terrenos planos que pueden ser regados y cultivados. En la costa, por falta de agua, son muy pocos los puntos habitables y éstos en la vecindad de alguna aguada o donde las corrientes subterráneas permiten extraer agua por medio de pozos.

En la provincia de Tarapacá, las condiciones demográficas son muy parecidas a las de Tacna. La conformación geográfica de esta provincia se presenta, sin embargo, de

otra manera, dividiéndose en cinco fajas longitudinales, de diferentes alturas sobre el mar, a saber: 1.ª, las playas y cordillera de la costa; 2.ª, las pampas salitreras; 3.ª, la pampa de Tamarugal; 4.ª, la zona sub-andina o de las serranías, y 5.ª, la cordillera de los Andes.

Para nuestro objeto, sólo nos interesa la cuarta zona, la que hemos llamado de las serranías, que son cordones que arrancan del macizo de los Andes en sentido perpendicular a su eje, para terminar en la pampa de Tamarugal. Los cordones están separados por profundas quebradas que dan salida a las aguas que descienden de los Andes para resumirse en las arenas del Tamarugal. La mayor parte de las quebradas principales reciben otras en ambos lados de su curso y algunas de estas secundarias también llevan una reducida corriente de agua, raras veces permanente.

Los principales de estos pequeños ríos son, por el extremo norte, los afluentes del Camarones (Chiza, Miñemiñe y Susa), el Camiña que llega hasta el mar, en Pisagua, el Aroma, el Tarapacá, el Noasa, el Mamiña, el Yarvicoya o Tasma, el Quisma, el Salado, el Huatacondo y más al sur, unas quebradas de poca importancia que llevan muy escaso caudal sólo en algunas épocas.

Las quebradas de todos los ríos nombrados se cultivan en aquellas partes apropiadas y los aillos situados en ellas han existido desde tiempos milenarios. Sin embargo, muy pocos de ellos fueron habitados por los atacameños. Con la expansión del imperio de Tiahuanaco, en el siglo VI o VII, la mayor parte de las quebradas fueron colonizadas por grupos de collas de habla aymará, procedentes de los altiplanos bolivianos. Sus descendientes continúan hoy habitando los mismos lugares. Esto explica porque en dicha región predominan los nombres geográficos derivados del aymará, como casi la totalidad de las denominaciones de las quebradas mismas y de las pequeñas poblaciones diseminadas por sus cursos. No obstante, los atacameños no fueron desalojados del todo por la colonización colla, parece más bien, que hubo cierta amalgamación entre los dos pueblos y algunos de los aillos todavía conservan sus nombres atacameños, como Usmagama, Quistagama, Quininta, Chuquiananta, Pica, Tarapacá, Ariquilda, Taltape y otros. Nombres atacameños de cerros, quebradas y otros accidentes geográficos son también frecuentes en la provincia.

En la costa de Tarapacá encontramos un número de caletas, ocupadas en tiempos lejanos por grupos de pescadores

de extracción uro y en algunas de ellas, como en Pisagua, Liguale, Chucumata y Chipana, se habían establecido colonias de atacameños.

Empero, es en la provincia de Antofagasta donde hallamos el verdadero territorio de los atacameños. En ella los aillos eran más numerosos y de población más densa, aunque generalmente separados unos de otros por grandes despoblados.

El río más importante y de mayor caudal de todo el norte, el Loa, se halla en esta provincia y a lo largo de su curso se había establecido una serie de pueblecitos, algunos de los cuales tenían un número considerable de habitantes. Muchos de ellos están todavía poblados por los descendientes de los antiguos atacameños, pero hay otros cuyas ruinas aun existen, que por varias causas han quedado abandonados desde hace siglos.

El Loa, desde su nacimiento en los contrafuertes de los volcanes Miño y Aucanquilcha, corre de norte a sur en una distancia de más o menos 130 kilómetros, donde se une con el Salado, cerca de Chiu-Chiu. En este curso, el valle, por lo general bastante encajonado, forma de trecho en trecho pequeñas abras susceptibles al riego y en ellas se establecieron escasos grupos de indígenas dedicados al cultivo del suelo. Los más importantes de estos caseríos eran, Chojo, Yurefata, Chala, Polapi, Calana, Conchi, Paniri, Incaliri (hoy Santa Bárbara), Lasana y Chiu-Chiu. En el valle del Salado, se establecieron aillos en Putana, Caspana, Aiquina y Turi. En ambos valles se encuentran las ruinas de otras pequeñas poblaciones, cuyos nombres son hoy olvidados. A éstas se dan el nombre genérico de gentilares.

A pocos kilómetros al sur de Chiu-Chiu y después de su unión con el Salado, el Loa tuerce su curso en arco al oeste y corre en esa dirección por más o menos 75 kilómetros, hasta el caserío de Miscanti. A poco menos de la mitad de esta distancia, se encuentran las vegas y el pueblo de Calama, siempre el punto de mayor población en todo el curso del río.

Desde Miscanti, el Loa vuelve hacia el noroeste, para enderezarse directamente hacia el norte hasta Quillagua, a cien kilómetros de distancia, sin que en todo este trecho sus abruptos barrancos formen ninguna abra de alguna importancia. En Quillagua el valle se ensancha en una extensión de cuatro kilómetros, dando lugar a una angosta faja de terrenos planos que han sido aprovechados para la agricultura. A diez ki-

lómetros más al norte, en un lugar llamado Ancachi, el valle vuelve a formar una pequeña abra, hoy deshabitada, pero en cuyo recinto se hallan las ruinas de un antiguo aillo, con un gran cementerio en sus inmediaciones.

A partir de este punto, el río comienza una gran curva para correr en seguida hacia el oeste hasta desembocar en el mar en más o menos la misma latitud de su nacimiento. En todo este trecho (55 kms.), los altos barrancos se abren solamente en Calate, donde se halla el único vado entre Quillagua y el Pacífico.

Los centros de mayor población en toda la hoya del Loa, se hallan en Calama, en Chiu-Chiu y en Quillagua, por la mayor extensión de las vegas y terrenos de cultivo en estos puntos. En tiempos pretéritos, Lasana y Turi debían haber sido también de mucha importancia, a juzgar por sus extensas ruinas, aunque en la actualidad abandonadas. (1)

Las aguas del Loa tienen una fuerte proporción de sales, como las de la mayor parte de los ríos de la provincia, a lo menos después de su unión con el Salado, a pocos kilómetros al sur de Chiu-Chiu. Este hecho influye considerablemente en la producción agrícola de la zona. En el curso superior del río, hasta Chiu-Chiu, se cultiva toda clase de chacarería y en las antiguas sepulturas de esa parte del valle se hallan ocasionalmente semillas de porotos y de zapallos, signo que los pobladores de aquellos tiempos cultivaban dichas especies, como hacen sus descendientes de hoy. Desde la unión con el Salado, hasta la desembocadura, la única planta cultivada era el maíz, el cual, a pesar de la salobridad del agua se produce bien y se cultiva hasta ahora.

Además de los terrenos de cultivo, en diversas partes del valle se hallan extensas vegas con pastos naturales, las que permiten la crianza de grande tropas de llamas, animal domesticado por los atacameños en tiempos muy remotos y utilizado como bestia de carga, facilitando de esta manera sus migraciones.

Otra región que tenía una población relativamente densa era la hoya del río Atacama, situada al sureste de la del Loa. Dicho río nace en varios brazos, en el ángulo formado por la Cordillera Occidental, con la Sierra de Barros

(1) Hemos descrito estas antiguas ciudades en un artículo titulado "Ruinas Preincaicas en el norte de Chile". Boletín del Museo Nacional. Tomo XV, 1936.

Arana, que se desprende del macizo del volcán Tatio. Corre de norte a sur hasta llegar a las llanuras de San Pedro de Atacama, donde sus aguas se consumen totalmente en regar los predios de los numerosos aillos de esos contornos.

A lo largo del curso del río se hallan varios pequeños caseríos habitados desde antiguo, pero cuyos nombres indígenas se han perdido, para recibir otros de origen español, como Machuca, Envidia, Río Grande, San Bartolo, Finca, etc.

Casi paralelo al Atacama y originalmente afluente del mismo, corre el Vilama, que viene a desembocar igual a aquel en la llanura que se extiende al norte del Salar de Atacama. Es evidente que ambos ríos tuvieron su desagüe natural en este salar, pero como atraviesan la llanura mencionada, cuyas tierras son aptas para el cultivo, sus aguas se utilizaban íntegramente para el riego. Esta llanura, de varios kilómetros cuadrados, ha sido siempre el punto más densamente poblado de todo el territorio ocupado por los atacameños y antes de la Conquista lo era mucho más que ahora, por encontrarse más subdividida la propiedad. Allí se encontraban un gran número de pequeños aillos o comunidades, muchos de los cuales continúan en la actualidad, esparcidos alrededor del pueblecito de Atacama, hoy llamado San Pedro de Atacama. Los principales de los antiguos aillos eran: Vilama, Sólcor y Tchekar, regados por el Vilama: Sólor, Beter, Túlar, Cúcuter, Catarpe, Cátur, Susques, Collor, Joste, Oloccaca, Yaye, Laracache, Pácsar, Séquitor, Coyo, Poconche, Tevinguiche, Silo, Cuchobrache y Quito, que utilizaban las aguas del río Atacama.

El río Atacama entra en la llanura por una estrecha garganta cerrada por altos barrancos, casi perpendiculares. A la salida de este cañón se destaca un morro, desprendido de los barrancones por quebradas de erosión. Por tres lados sus costados caen casi a pique y por el otro baja en declive más suave hasta la llanura. El morro fué en otros tiempos el asiento de una ciudad fortificada, ahora abandonada, pero que todavía deja ver la importancia que tuvo para los indígenas, como defensa de uno de los principales caminos de acceso a la zona habitada. Los Incas reconocieron la importancia de este punto estratégico y establecieron allí una guarnición y con gente traída de las mesetas del Ecuador, fundaron un nuevo aillo en la vecindad que todavía existe con el nombre de Quito.

Detrás del aillo de Vilama, existían otras fortificaciones que defendían la entrada a la llanura del único otro camino

que venía del norte. Una tercera ciudad fortificada, cuyas extensas ruinas todavía se ven, se halla en las faldas de Licancaur, donde vigilaban el principal camino que bajaba de la Puna de Atacama.

A juzgar por la extensión de las ruinas de las ciudades y aillos hoy abandonados y de los que todavía se conservan, se puede suponer que estas llanuras mantenían una población de seis a ocho mil habitantes, aunque en la actualidad no pasan de mil quinientos.

Un poco al sur de la llanura, comienza el enorme salar de Atacama. Desde su borde oriental, la Puna sube con una relativamente suave inclinación, cortada de trecho en trecho por profundas quebradas, donde corren unos riachuelos de escaso caudal, que a menudo se secan durante los meses de calor y que raras veces alcanzan a desaguar en el salar. En la parte baja de algunas de las quebradas se han establecido pequeños aillos, cuyos pobladores se dedican al cultivo de los cortos terrenos regables. Los más importantes de estos aillos son, de norte a sur: Tambillos, Toconao, Hécar, Sóncor, Cámar, Socaire, Quetana, Peine, Tilomonte y Tilopozo. Son distantes unos de otros, pero están comunicados por un camino longitudinal, más tarde utilizado por los Incas durante su invasión. Por este motivo ha recibido el nombre de "Camino del Inca".

Más al sur se extiende el desierto despoblado, donde son muy raros los jagüeyes, puquios o aguadas. El Camino del Inca une entre sí los principales de estos ojos de agua y al lado de ellos se establecieron los tambos o posadas. En todo el trecho, hasta el límite de la actual provincia de Atacama, no existía otro caserío que el pequeño aillo de Imilac, al sur del salar de Atacama, al pie del cordón de Domeyko y fuera del trayecto del camino longitudinal.

Bordea esta dilatada zona la Cordillera Occidental, cuyos picos sobresalientes casi todos llevan denominaciones atacameñas, como por ejemplo, Tatio, Putana, Licancaur, Ténar, Putas, Colachi, Hécar, Chiliques, Miscanti, Miñiques, Cápur, Coranzoque, Pular, Socompa y Llullaillaco.

Entre las cordilleras Occidental y Oriental se extiende una vasta altiplanicie cruzada por algunos cordones de cerros que sobresalen de la superficie general unos centenares de metros. La altiplanicie, cuya altura media sobre el nivel del mar no baja de 3,500 metros, se ha llamado Puna de Atacama. En esta inmensa región, la población es muy esparci-

da y muy poco numerosa, aunque hay indicios de que en tiempos lejanos era más densa, encontrándose de cuando en cuando restos de antiguas tierras de cultivo ya desiertas y abandonadas. Como en el desierto, casi la totalidad de los nombres geográficos, cuando no son españoles, se derivan de la lengua Atacameña.

Dispersos por la Puna, se hallan un número de pequeñísimos caseríos, entre los cuales se pueden citar: Guaiyaques, Chojnantor, Sapaleri, Pairique Grande, Pairique Chico. Lina, Puripica, Olaroz Grande, Olaroz Chico, Susques, Chamaca, Loslo, Guaytiquina, Cátua, Umorchala, Cauchari, Tocomar, Quirón, Macón, Chachas, y en los contornos del Salar de Arizaro, Olajaca, Tolar, Socompa, Samenta, Cori y Cavi.

La parte meridional de la Puna de Atacama, desde Antofagasta de la Sierra al sur, no se incluye en el antiguo territorio habitado por los atacameños. Esta zona fué ocupado por tribus de origen diaguita. Las denominaciones de dicha parte de la puna, las que no sean de origen español, son derivados del "kakan", idioma hablado por los diaguitas y muy distinto de la lengua "cunza".

Al noroeste de la Puna de Atacama continúa la misma altiplanicie con el nombre de Puna de Jujuy, por cuanto ocupa una gran parte de la provincia argentina de esa denominación. Aunque los antiguos habitantes de dicha puna no eran de extracción atacameña, sino boliviana, las influencias de la cultura atacameña se habían extendido, durante las últimas dos épocas preincaicas, por una gran parte de la región, modificando de una manera bien visible la antigua cultura local.

Las diferentes regiones del enorme territorio ocupado por los atacameños se comunicaban entre sí por senderos o caminos de tropa que sorteando las dificultades y accidentes de las sierras y de los desiertos, llevando trazados que, por lo general, no se han podido mejorar hasta ahora. La mayor parte de estos caminos milenarios son los mismos que hoy se emplean y formaban los itinerarios seguidos por los conquistadores y los exploradores de los primeros tiempos de la colonia. Fuera de los caminos que corrían por los valles, desde la cordillera hasta el mar y los que unían los diferentes valles, había dos caminos longitudinales, uno por las punas y por el desierto de Atacama y otro por el litoral. Estos caminos desviaban poco de la línea recta, cambiando un poco su dirección, de vez en cuando, por la necesidad de buscar los escasos ojos de agua que hacían posible poder traficar por ellos.

Para resumir, se puede decir que el litoral, desde el Perú meridional hasta la provincia de Atacama, fué habitado desde tiempos muy remotos por tribus primitivas de pescadores, conocidas en la historia como uros y changos.

El interior de esta vasta zona, por los valles de los escasos ríos y especialmente en la región sub-andina, era la morada de un pueblo de agricultores y ganaderos, de una cultura bastante adelantada, modificada en distintas épocas por influencias llegadas de las antiguas civilizaciones peruanas. Históricamente, este pueblo ha recibido el nombre de atacameño, aunque ellos mismos se denominaban "likanantai".

La mayor parte del territorio era inhabitable y los atacameños se concentraron principalmente en los cursos de los ríos donde podían regar los escasos terrenos de cultivo y establecer cortas comunidades. El pueblo atacameño era de bastante antigüedad y desde el siglo VI se puede seguir paso a paso su evolución cultural por medio de las investigaciones arqueológicas.

Santiago, abril 18 de 1937.

R. E. L.